

EL INDIIO EN LA HISTORIA DE MEXICO

Por el Lic. TORIBIO ESQUIVEL OBREGON

Generalmente se estudia la influencia que los españoles tuvieron sobre el indio. Unos la condenan en nombre de la libertad humana y del bien que se supone habrían traído entre los indios el haberse gobernado por sí mismos entrenándose en la administración civil de la comunidad; y hacen el cargo a España de haber impuesto a los naturales trabajos que los destruían; otros la alaban, aduciendo en su favor el haber rescatado a los indios del canibalismo, traído entre ellos mejores sistemas de cultivo, animales que ayudaban en él y aligeraban su peso aumentándose con ello la producción; el haberles enseñado un idioma culto con el que hoy pueden tener voz entre los otros pueblos, y una religión que los aparta de la barbarie de sus cultos antiguos; que si no les dió la libertad, tal como se entiende ahora esa noción, en cambio por el trabajo, por el arte y por la religión preparaba el reinado del orden que es el precursor indispensable de la libertad y la escuela donde se aprende el respeto a los derechos de los otros.

Concentrando el debate al rededor de esas dos opuestas opiniones; nadie parece haber estudiado el otro lado de la cuestión, a saber: cuál ha sido la influencia que los indios han tenido sobre el carácter de la población española de México; hasta qué punto la civilización europea ha sido afectada por esa influencia y qué papel ha jugado ésta a través de toda la historia de nuestro país.

El indio por su número y por sus características ha sido factor más importante de nuestra vida nacional, que lo que los

más de los historiadores están dispuestos a reconocer y el no haber dado al estudio de esa influencia el papel que le corresponde es una de las causas de que toda nuestra historia haya sido mal comprendida y haya quedado como hacinamiento de hechos inconexos y desconcertantes.

Me propongo aquí estudiar ese punto olvidado comenzando por tomar nota de los rasgos más salientes de esa raza, guiado por el testimonio de aquellos hombres que, movidos por la filantropía, estudiaron con amor a la raza india, cuando aún sus características eran más perceptibles y libres de influencias extrañas, y consignaron sus observaciones en una época en que no se suponía ni remotamente el desarrollo que han tenido los sucesos, de manera que su testimonio fué libre de toda idea preconcebida con relación a nuestros presentes problemas.

El hecho que más importancia social puede tener es el atraso en que los pueblos de América se encontraban al tiempo que llegaron aquí los conquistadores europeos.

En el orden material aquellos pueblos no habían llegado a descubrir el uso del fierro. Esto llama la atención de Humboldt con tanta más razón cuanto que ese metal abundaba en diversas regiones de Anáhuac. El uso del fierro había sido uno de los grandes propulsores de la civilización europea, al extremo que él constituye una de las líneas de separación de las diversas épocas en que se divide la prehistoria de los pueblos que habitan el Antiguo Continente.

Tampoco habían los indios de América reducido a domesticidad algunos animales que en gran manera les pudieran servir para el trabajo del campo y para el transporte, así como para la alimentación. En épocas prehistóricas existió el caballo en América, aunque no en la forma que ha adquirido mediante cuidadosa selección. También existió el buey y aún ahora hay cabras autóctonas que tienden a vivir agremiadas en ganados y que pudieron haber servido de base para el desarrollo de una civilización pastoril.

Los aborígenes de América, que según los descubrimientos geológicos y arqueológicos, fueron contemporáneos de aquellas especies animales, no se cuidaron de conservarlas o de utilizarlas como lo hicieron los hombres en Asia y en Europa.

Los peruanos, sin embargo, aprovecharon el llama para el transporte y la alimentación y no cabe duda que ese hecho contribuyó grandemente a desarrollar entre ellos instituciones sociales mucho más avanzadas y estables que en el Norte del Continente.

La falta de esos animales hizo, por una parte, que la antropofagia se conservara como una de las costumbres más repugnantes entre los indios y muy principalmente entre los mexicanos. Por otra parte esa misma falta de animales domésticos hizo depender la agricultura del trabajo manual, lo cual a su vez producía dos resultados: limitar la producción agrícola grandemente; y reducir a los indios a una forma opresiva de trabajo en todos los lugares en donde se desarrollaban centros importantes de población.

La reducción del área del cultivo debido al exclusivo uso de trabajo manual, por una parte, y por la otra, la frecuente escasez y la irregularidad de las lluvias, explican por sí solas el carácter inestable, peregrino siempre, de las civilizaciones que los pueblos de la América del Centro y del Norte desarrollaban. Los grandes esfuerzos que cada uno de esos pueblos hacía eran perdidos, pues tan pronto como la población aumentaba al rededor de una ciudad costosamente levantada surgía el problema de la alimentación de aquella muchedumbre. La agricultura era deficiente, los ganados no existían, la carne humana era la única que abundaba y los pactos de guerra entre los pueblos para hacer prisioneros, enjaularlos, engordarlos y comerlos, eran una medida de salvación social. Pero esa medida creaba el odio a muerte de unos pueblos contra otros, de tribu a tribu. Los prisioneros que el pueblo poderoso tomaba de las tribus vecinas eran a la larga tantos como los que aquellas tribus apresaban y devoraban, mientras más crecía el pueblo más tenía que guerrear para hacer provisión de carne humana y más se debilitaba por la provisión que a su costa hacían sus vecinos, hasta que el pueblo mismo desaparecía por el hambre tras de algunos años de escasa lluvia y pérdidas de cosechas.

Así fué como quedaron régadas por todo el territorio ruinas de ciudades antiquísimas, de templos, de palacios, no de habitaciones para el pueblo, ensayos infructuosos de civilización que

fracasaban por el hambre, por la falta de ganados, en medio de una horrible tragedia, sin dejar una sola inscripción que con certeza guiara a los futuros historiadores en sus investigaciones. El hambre no había dado tiempo para desarrollar un alfabeto ni para descubrir los usos del fierro. Solo quedaba la constante tradición de pueblos que emigraban, que buscaban inquietos un bienestar que en ninguna parte encontraban.

Tal es en resumen la prehistoria, pues no existe historia de aquellos pueblos. Falta de fierro, falta de ganados, la antropofagia como dura ley de la necesidad, falta de escritura fonética, idiogramas caprichosos, ensayos de civilización fracasados, la vida social confinada a las tribus, la organización de una nación imposible, aunque varias veces intentada, y sobre todo el odio mortal de tribu a tribu, odio irreconciliable, en la raíz misma de la vida, superior a todos los dictados de la conveniencia de organizar una forma cooperativa, una nación.

Cuando llegaron los españoles, uno de los grandes intentos de organización cultural acababa de fracasar entre los mayas y los quichés de Yucatán y del Istmo, y otro gran intento de esa organización se encontraba en su apogeo, con señales evidentes de decadencias: el de los aztecas.

Solamente la importación de los ganados y de mejores métodos agrícolas hicieron posible la organización estable de una nación como Nueva España, formada con las tribus inconexas y esparcidas en amplios límites geográficos, y que pudieron unirse por la ley de la gravitación, por la fuerza centrípeta desarrollada por el maíz, el trigo y los ganados

Cortés uniendo esas tribus con la posibilidad de alimentarse fue el padre de la patria que hoy se llama México.

Esta forma de organización por tribus que perduró a través de centenares de siglos, mucho después que en el Antiguo Continente ya existían las nacionalidades, creó una constitución mental en el indio que no ha desaparecido con la propagación de una cultura superior. Tres o cuatro siglos de iniciación en esa cultura no son bastantes para hacer desaparecer aquella constitución heredada, ni puede desaparecer por la mera obra de la enseñanza, pues persiste en el indio aunque se haga de él un sabio.

La falta de todo concepto de una gran entidad social superior al individuo o a la tribu, que caracteriza la mentalidad india, se revela sin cesar en la historia de México, Orozco y Berra (Historia Antigua y de la Conquista de México vol. IV p. 624) refiere el siguiente hecho sugestivo: En uno de los combates durante el sitio de Tenoxtitlán, Ixtlixóchitl, pretendiente al trono de Texcoco, sostenido por Cortés y aliado de éste, aprehendió a Coanacóchtzin, que era de hecho rey de aquella Ciudad, y lo entregó a Cortés; éste lo mandó poner en el real con grillos y guardas. "Semejante pérdida, añade dicho autor, fue muy sentida por Cuauhtémoc, tanto más que los acolhuás que había en la ciudad se pasaron al campo español en seguimiento de su monarca."

Así es que la persona del monarca y no un principio patriótico tenía a aquellos indios peleando contra Cortés; una vez que su rey estaba en el campo de Cortés, aunque fuera en calidad de prisionero, los indios se pasaron al lado del conquistador en contra de sus aliados de la víspera.

La historia de México está llena de casos así que demuestran cómo la mentalidad indígena de tribu ha penetrado aun en la mentalidad de los mexicanos de raza española; solamente citaré en este lugar el caso bien conocido de Santa Anna prisionero de los texanos, que desde su prisión daba orden de retirarse al general Filisola y que éste cumplía, abandonando los intereses nacionales, ante el interés, para él superior, del propio Santa Anna.

Esa persistencia de la mentalidad de tribu, ese estrecho concepto de la lealtad que, aunque firme y aun exaltado hasta el heroísmo en favor de un individuo, no puede elevarse al nivel de más elevados principios, es un serio problema cuando constituye el modo de ser de la inmensa mayoría de los habitantes de un país en que se quiere establecer una organización nacional en un extenso territorio en la vecindad de un pueblo fuertemente nacionalizado.

La falta de ese espíritu de cooperación que procede del sentimiento de nacionalidad, se observa entre los trabajadores que emigran a los Estados Unidos. En uno de los boletines del Departamento del Trabajo de esa nación se hace notar, que mientras, tratándose de chinos, japoneses, turcos, italianos e indivi-

duos de cualquiera otra nacionalidad, cuando se maltrata a alguno todos sus compatriotas hacen causa común y dejan el trabajo, los mexicanos permanecen indiferentes a las quejas de sus otros conciudadanos.

Seguramente la época pastoril, con su fuerte organización de familia fue en Asia y en Europa cuna de los sentimientos de adhesión a intereses superiores al individuo, y ellos moderaron el salvaje individualismo de los cazadores,

La tribu azteca, como otras de América que llegaron a aceptar una vida sedentaria y agrícola, no pasó por la educación de la época pastoril, sino que permaneció salvaje más siglos que las del Antiguo Continente, por falta de esa grada en su elevación cultural, y cuando al fin hubo de verse obligada a salvar la grada, a dar un salto cultural, no llevó imbuído en su mente el sentimiento, el reflejo, llamémosle así, del interés común, cual pasaba, por ejemplo con las familias que formaron a Roma, sino lo hizo obedeciendo a una fuerza que se imponía por el terror.

Esta fuerza perdería su virtud al primer asomo de otra superior.

Cortés, con una intuición que hace honor a su genio, comprendió este estado mental, y la ventaja que de él sacó para acabar con el poder de Moctezuma primeramente, y de Cuauhtémoc después, fue la primera prueba palpable en nuestra historia de la facilidad que ha encontrado siempre una fuerza superior, extranjera o no, para atraerse la cooperación de elementos nacionales.

Esa necesidad de uso del la fuerza para imponer deberes sociales, por falta de comprensión de los intereses comunes, y, como corolario, el deseo latente de encontrar una fuerza superior para destruirla, explican, por una parte, el desprecio para lo que es nacional, es decir, el desconocimiento del interés común, con la exagerada admiración de lo extranjero, y por la otra, la falta de comprensión de la política de los pueblos fuertemente nacionalizados frente a nosotros, como pasa con la llamada doctrina Monroe planeada para destruirnos y sin embargo, invocada a veces por nuestros gobernantes cuando ello les conviene para destruir a otro grupo de sus nacionales, sin que por ello pierdan entre nosotros su prestigio de patriotas.

Seguramente ayudó para la transformación de tribu cazadora en agrupación agrícola la fuerza de los sentimientos religiosos tan predominante en los pueblos primitivos.

La fuerza de tal sentimiento se muestra en la crueldad de los ritos de los indios; no solamente el sacrificio de hombres, mujeres y niños, que participaban del doble carácter de víctimas propiciatorias religiosas y de carne para los manjares, sino los mil tormentos que se imponían para conseguir la benevolencia de sus dioses.

Se perforaban la lengua, las orejas y los miembros con púas de maguey y se hacían luego pasar por esas heridas cuerdas anudadas. Estos tormentos se prolongaban por días enteros varias veces al año en medio de los ayunos más austeros.

La santidad de los sacerdotes se medía por su inmundicia y por los signos de aquella crueldad. Se pintaban el cuerpo con negro barniz: se empapaban los cabellos en sangre de las víctimas, que, coagulada allí, despedía infecto olor. Los dueños de los prisioneros de guerra que se sacrificaban en aras de las feroces deidades, quitaban a las víctimas la piel y se forraban con ella, llevando encima por varios días aquella pestilente e incómoda vestimenta.

En tanto que de la famosa ciudad de Tenoxtitlán se han encontrado valiosísimos restos de arquitectura religiosa, enterrados bajo el pavimento de la actual ciudad de México, nada, absolutamente nada se ha encontrado de las casas particulares ni aun de los palacios de Moctezuma y de Axayacatl. La facilidad con que los conquistadores arrasaban aquellas casas día por día, para avanzar sobre el último reducto de Cuauhtémoc, demuestra que la ciudad aquella no era sino un conjunto de chozas de tierra al rededor de los templos de los dioses, que por ser de material más resistente, fueron más bien enterrados que destruídos.

Este sentimiento teocrático, nacido del terror, en un estado de barbarie, no debe confundirse con el sentimiento religioso que procede de la aceptación más o menos racional e intelectual de un credo religioso, ni tampoco debe esperarse de él un alto grado de lealtad de parte de los fieles.

Cuando los sacerdotes católicos, con laudable y a veces he-

róico celo, se pusieron a predicar la religión de Cristo, fue cosa de admirar, que muchos atribuyeron a exageración de los misioneros y otros a mera sagacidad de los indios, el hecho de que éstos acudían a recibir el bautismo por centenares y millares, aun antes de que entre el misionero y los catequistas se hubiera llegado a una completa inteligencia de lenguaje. "Eran tantos, dice Fray Gerónimo Mendieta, los que en aquellos tiempos venían al bautismo, que a los mismos que bautizaban muchas veces les acontecía no poder alzar el brazo con que ejercitaban aquel ministerio. Y aunque mudaban los brazos, ambos se les canzaban, porque a un solo sacerdote acontecía bautizar en un día cuatro y cinco y seis mil adultos y niños" (Fr. Gerónimo de Mendieta. *Historia Eclesiástica Indiana*, Lib. III, Cap. XXVI, p. 266.)

Los misioneros protestaron siempre que aquellas conversiones eran sinceras, fundándose en la edificación y enternecimientos con que los indios acudían a recibir el bautismo, y luego practicaban la confesión, las penitencias y demás ejercicios de piedad; en el abandonar a las diversas mujeres con que habían estado casados en su gentilidad conservando sólo la primera; en el traer a la iglesia presentes y trabajar en la obra de los templos.

No creo que pueda justamente dudarse de la sinceridad de tales conversiones; pero tampoco hay que creer que fueran razonadas como sería, por ejemplo, la de un protestante al catolicismo, tras una discusión filosófica de una y otra creencia.

La conversión era de carácter entusiástico que, por eso quizá, era más meritoria a los ojos del misionero. Pero, en el fondo era la adopción de la religión de unos extranjeros que derrocaban a los antiguos ídolos, sin que estos mostraran poder alguno para evitar o vengar el desacato, o para defender a su pueblo; sin que el orden natural de las cosas se alterara, sin que la sucesión del día y la noche dejara de verificarse con regularidad, ni cesara la precipitación pluvial, ni dejaran de nacer los granos de la tierra. Vivían atemorizados ante la fuerza de una superstición que los obligaba a torturarse o aun a dar sus vidas en crueles sacrificios. Una nueva fuerza se presentaba que dominaba a la otra, y sin lealtad alguna para sus antiguos dioses, los abandonaban y ayudaban a los recién venidos para destruirlos.

La rápida conversión de los indios no fué sino una de tantas manifestaciones de la falta de lealtad hacia una idea, de mentalidad primitiva de tribu cazadora no entrenada para la alta civilización sedentaria; el abandono del vencido para seguir al vencedor, sin resistencia, sin conciencia alguna de que se hace mal, con verdadero entusiasmo. Cambios tales nuestra historia ha presenciado a centenares, sin que ellos hayan significado cambio alguno en el estado mental de nuestra población.

El indio no necesitaba para sentir el fervor religioso entender los principios de la nueva religión.

El P. Mariano Cuevas (*Historia de la Iglesia en México*, vol II p. 383) da de esto un ejemplo notable, sacado de la *Anua de Misiones* de Guardiania correspondiente al año de 1594. "De un pueblo llamado Bucaboravito, se dice allí, vinieron muchos a bautizarse. Acertó a ser una noche asperísima de hielo y agua y no teniendo donde recogerse, porque habían los huéspedes ocupado las posadas, se salieron al campo y comenzaron a cantar y a bailar y así pasaron alegremente la triste noche, y luego se cortaron los cabellos para que los bautizasen, que en ellos es un gran sacrificio, mas al fin se quedaron sin bautismo, porque no entendían bien lo que se les enseñaba; con lo cual quedaron harto desconsolados."

Esto demuestra que el fervor de los indios no era derivado de la convicción ni podía confiarse en su permanencia. Por no haber comprendido esto el clero ha sufrido terribles decepciones.

Hay otros rasgos persistentes del carácter de los indios, importantísimos para la buena inteligencia de nuestra Historia:

1º La falta de ambición legítima. Mendieta hace notar como gran virtud que: "El vestido del indio plebeyo es una mantilla vieja hecha mil pedazos, que si el padre S. Francisco viviera hoy en el mundo y viera a estos indios, se avergonzara y confundiera, confesando que ya no era su hermana la pobreza ni tenía que alabarse de ella. Pues entren en la casa del indio y las alhajas que hallarán en su choza, como la de S. Hilarión, cubierta de humo, es una piedra de moler y unas ollas y cántaros, y si tienen una estera rota por cama para descansar en ella, no es poco regalo, porque muchos no la tienen, sino el duro suelo. . . . " (Mendieta, lugar citado, Lib. IV, cap. XXI, p. 440.)

El insigne Palafox y Mendoza (*Virtudes del Indio*, págs. 42-47) corrobora esa aseveración. "Entre los indios, dice, hay caciques, gobernadores, alcaldes, fiscales que tienen muchas tierras que heredaron de sus pasados, y generalmente todos, como son tan mansos y fructuosos, pueden recoger y acaudalar plata, frutas, alhajas y otras cosas que alegran y ocupan el corazón humano con su posesión, y todavía son tan parcos que su vestido, por la mayor parte, es una tilma que les sirve de capa, una túnica o camisa de algodón y unos calzones de lo mismo, y así a tres alhajas reducen comúnmente cuanto traen sobre sí, y son muy raros, y han de ser los más nobles, para traer sombrero y zapatos, porque ordinariamente andan descalzos y descubiertos."

"Todas sus alhajas se reducen a un petate o estera de la tierra sobre la que duermen, aunque no es tabla, y un madero que les sirve de almohada, y un canto que se llama metate, donde muelen un puñado de maíz de que hacen tortillas que los sustentan."

2º Indiferencia por el derecho, que los misioneros alababan como virtudes de humildad y obediencia.

El ya citado Palafox (obra citada p. 47) dice sobre esto: "Lo tercero, no conocen la soberbia, sino que son la misma humildad, y los más presumidos de ellos, en poniéndose delante el español, o aun el mulato y el mestizo o el negro, como corderos mansísimos se les humillan o sujetan y hacen lo que les mandan. Tampoco se les ha visto desobediencia a las justicias, cuando ellas les han mandado, *no sólo lo justo*, sino lo penoso e injusto, como haya sido en alguna manera tolerable. aun en lo injusto e intolerable les obedecen, si no hay quien promueva sus quejas y los apadrinan y alimentan para que pidan y que se quejen ante los tribunales. . . . De esta obediencia podría citar a V. M. infinitos ejemplos, si no fuera manifiesta a los ministros de V. M. y a su Consejo en donde jamás se les ha oído a tantos agravios una queja, y si el celo de los Virreyes, Obispos y otros ministros *con las órdenes que para ello* tienen de V. M., no los defienden y amparan, no hay que pensar que en ellos haya curso a la obediencia ni aliento a la repugnancia."

También Mendieta dice tocante a esto:

“De obediencia no tiene que ver en la suya la de cuantos novicios hay en las religiones. No parece que con sólo ellos hablaba el apóstol S. Pablo cuando dijo: “Sed súbditos y sujetos a toda humana criatura”, pues que en sólo ellos se verifica. Blancos y negros, chicos y grandes, altos y bajos todos los mandan y a todos obedecen. No saben decir de no a cuanto les mandan, si no que a todo responden *mayhui*, que quiere decir, hágase así. . . . vemos que sufre el indio una mala visión de mandones, sin saberse quejar ni chistar, ni murmurar, llevándolo todo con igual voluntad, como si fuese obligado a todo. Ya le manda el alcalde que vaya a trabajar a la labranza; que aún no ha vuelto a su casa cuando el gobernador le manda que acarrée agua a la suya. Cógelo luego el regidor y entrégalo a un español por una semana. Por otra parte lo busca el alguacil para que vaya al repartimiento. Tras esto se ofrece una fiesta en la iglesia, mándale que vaya por ramos al monte, o a la laguna por juncia. Viene el virrey o arzobispo u otro personaje a la tierra, ha de ir a adornar el camino. . . . Por momentos le riñen y aporrean sin ocasión, aporrean y maltratan porque ellos no le entienden a él ni él los entiende, le apalean y azotan sin culpa, y él calla y no excusa.” (Obra citada pp. 440-441.)

El mismo padre Cuevas resume su impresión del carácter del indio en las siguientes frases: “Cuantos, conociendo al indio en su historia y en su vida social leamos en este libro aún abierto, podemos afirmar que, de su natural el indio es ciertamente dócil, paciente, sufridísimo como el que más, sacrificado y cariñoso con quien bien lo trata, inclinado al culto religioso y devoto; amante de la vida doméstica, hospitalario y generoso, aún de su misma pobreza, y, comparativamente, de costumbres puras y sencillas. Todo esto les viene con la sangre, y todo ello ciertamente fué una gran disposición para recibir el Evangelio. Pero la debilidad de carácter, la falta de iniciativa, la tendencia a la melancolía, a la doblez y a la embriaguez, eran también parte de su carácter, contra el cual tuvieron que luchar la fe y la moral cristiana, y en lucha tan continua que, como se ha visto en todas las épocas, *retoñan con toda su fuerza*, cuando no está sobre ellos la fuerza de los santos sacramentos.” (Obra citada vol. I p. 57.)

Sin entrar a la discusión de las eminentes opiniones arriba transcritas desde el punto de vista teológico, es indispensable juzgar de los datos que allí se proporcionan a la luz de los efectos laicos que esas llamadas cualidades del indio tienen necesariamente que producir y han producido como factor importante del carácter nacional y de nuestra historia.

La pobreza, como mero estado económico de un individuo, no es en él una virtud, si no va acompañada del abandono voluntario de la riqueza o aún siquiera de la resignación con las privaciones después de que se han podido apreciar los goces y beneficios que la riqueza proporciona. Confundir la pobreza de un indio con la de un San Francisco, antójase blasfemia, o, por lo menos poca penetración, o propósito de exagerar las cosas en loor del indio; propósito que es tan frecuente en los escritores del clero. La pobreza de un S. Francisco, de un Gante o de un Motolinía es el abandono de los bienes económicos y de una alta posición social por servir la causa de la humanidad y de una elevada cultura. Esa pobreza es una virtud eminentísima, ideal evangélico que si se generalizara, el reinado del amor, soñado por algunos filósofos en el futuro de la humanidad, se acercaría. Pero la pobreza del indio, fruto frecuentemente de su indolencia y pereza, que le impide moverse hasta por su propio bien, que por su estado mental lo hace no apreciar ni ambicionar una vida superior, lejos de ser una virtud social es una desgracia, y lejos de conducir a una cultura superior sería el retroceso a la barbarie, al hambre y al canibalismo.

Presentar como virtud tan graves defectos de los naturales fué un error craso del clero, que con ello predicaba contra la esencia misma de la cultura cristiana que él venía a propagar, era echar la simiente cuyos frutos aprovecharían futuros agitadores.

No es que los indios no ambicionen tierras, y todo género de cosas útiles o aun de mera ostentación; la historia toda de México atestigua que sí apetecen todo eso. No es que se resignen a la privación por virtud, puesto que son capaces aun del saqueo para enriquecerse, al igual que los blancos; pero prefieren carecer aun de lo necesario más bien que trabajar metódicamente y ahorrar sistemáticamente para adquirirlo.

Se cree que el deseo de que le regalen tierras es en el indio producto de una vaga tradición de que alguna vez las tuvo y que los españoles primero y luego tales o cuales gobiernos se las quitaron. Los que tal creen quedarán sorprendidos al saber que el regalar tierras no fue grito de guerra inventado por los revolucionarios de Villa, de Zapata y de Carranza, sino que fue ya un recurso de Hernán Cortés para sublevarlos contra sus señores.

El verídico Bernal Díaz del Castillo tiene párrafos como los siguientes:

..... e parece ser que el un bergantín prendió a dos principales que venían en una de las muchas canoas que venían (a Tenoxtitlán) con bastimento, y de ellos supo Cortés que tenían en celada entre unos matorrales cuarenta piraguas y otras tantas canoas para tomar a alguno de nuestros bergantines, como hicieron la otra vez; y aquellos dos principales que se rindieron. Cortés les halagó y dio mantas y con muchos prometimientos que en ganando a Méjico les daría tierras..... (Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXVI p. 182.)

Y más adelante:

"Y dejemos de más hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas sino algo atrás, sin propósito; y es, que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de don Lorenzo de Vargas, que se solía llamar Xicotenga el viejo y ciego, guerrearon muy valientemente contra el poder de Méjico, y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente de bien; y así mismo un hermano del señor de Texcoco don Hernando, que se decía Suchel, que después se llamó don Carlos; este hizo cosas de muy esforzado y valiente varón; y otro capitán natural de una ciudad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre, también hacía maravillas, y otros muchos capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente; y Cortés les habló y les dió muchas gracias y loores porque nos habían ayudado, con muchas buenas palabras y promesas de que el tiempo andando les *daría tierras* y vasallos y les haría grandes señores y despidió; y como estaban ricos de ropa de algodón y oro, y otras muchas cosas ricas de despojos, se fue-

ron alegres a sus tierras, y aún llevaron hartas cargas de *tasajos cecinados de indios mexicanos*, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, las comieron por fiestas." (Lugar citado p. 197.)

Los datos que los hechos nos proporcionan no nos permiten aceptar el veredicto de nuestros antiguos y caritativos escritores de que la pobreza sea en el indio una virtud. Si no se mueve enérgicamente para conseguir la riqueza con su trabajo, si no tiene fuerza de voluntad para economizar ni sabe hacer de aquella un uso reproductivo ni la consume, cuando la posee, en el goce de las artes y de las más elevadas manifestaciones de cultura, quiere decir que el indio tiene graves y tal vez perdurables obstáculos como factor económico, y que una labor muy intensa, constante y prolongada de entrenamiento es indispensable para hacerlo comprender la conveniencia del trabajo sistemático de producción con un propósito firme y perseverante de ahorro y un uso moderado y elevado de la riqueza.

Al indio, tal como nos lo describen los autores citados, con el apetito de adquirir y la repugnancia por trabajar, no le queda para satisfacer aquel, más que asechar las oportunidades de lograr por la violencia los bienes materiales, aunque, después de adquiridos no quiera imponerse los sacrificios que requiere conservarlos, ni tenga la voluntad perseverante para hacerlos productivos.

El indio, dotado de esa supuesta virtud, no tiene derecho de arrojar sobre nadie la responsabilidad de su miseria, y antes bien esa supuesta virtud pesa como gravísima carga en grupos sociales económicamente más aptos, retardando su marcha.

Tampoco es una virtud, sino gran desgracia nacional, la obediencia sin discernimiento ni dignidad, ni el sufrimiento sin protesta.

Sufrir penas y vejaciones en la lucha por la justicia y en la prosecución de un fin noble es heroísmo.

Pero humillarse por temor a las consecuencias de una protesta o por indolencia, es abandonar no sólo nuestro derecho, y degradar nuestra persona, sino abandonar el derecho de la sociedad en que vivimos, del cual no somos dueños. Cada uno de nosotros, si queremos recibir los beneficios de la sociedad, de-

bemos aceptar las obligaciones que son la base de su existencia; cada uno de nosotros, como parte actual de la sociedad, la representamos, y si abandonamos el derecho de la sociedad por flojedad o por miedo, somos prevaricadores, y si nuestra conducta trasciende a otros y se generaliza, se tendrá una sociedad envilecida en que no existirá el derecho porque nadie en ella merece tenerlo.

El más eminente jurisconsulto de nuestra época R. von Ihering ha dicho:

“Cuando existe un estado de cosas semejante (el creado por aquellos que cobardemente abandonan su derecho) la suerte de los que tienen el valor de hacer observar la ley, es un verdadero martirio; su sentimiento firme y enérgico del derecho labra ciertamente su desgracia. Abandonados de todos aquellos que debieran ser sus naturales aliados, quedan completamente solos en presencia de la arbitrariedad, que la apatía y falta de valor de los demás convierten en más audaz y osada, y acaban por rehusarse, al fin, a comprar al precio de grandes sacrificios la satisfacción de permanecer fieles en su modo de obrar y de pensar, no recogiendo acaso más que las burlas y el ridículo. No son los que cometen transgresión legal los que principalmente asumen la responsabilidad en semejantes casos, sino los que no tienen el valor de impedirla. No acusemos a la injusticia de suplantar el derecho, sino a éste que la deja obrar, porque, si llegase el caso de clasificar según la importancia estas dos máximas: “no cometas una injusticia” y “no toleres alguna”, se debería dar como primera regla, “no toleres ninguna injusticia”, y como segunda, “no cometas ninguna.” Si tomamos el hombre tal cual es, no hay duda de que la certidumbre de encontrar una resistencia firme y resuelta, será medio mejor para hacer que no se cometa una injusticia que una simple prohibición cuya fuerza práctica no es, en realidad, más que la de un precepto moral.”

Si, a la luz de estos datos analizamos los hechos de la historia de México veremos en el acto que ellos la dominan y arrojan luz meridiana en su explicación.

El indio, obedeciendo sin discernimiento, sufriendo sin protesta, descuidando sus derechos y traicionando la justicia, es la

masa enorme con que los gobernantes más tiránicos fraguan elecciones, forman secuaces y destruyen toda fuerza de la opinión de aquellos hombres que comprenden los beneficios de la justicia, y que, desanimados en una lucha en que no tienen ninguna probabilidad de éxito, acaban por abandonarla también y por vivir degradados en un materialismo que conduce a México a su ruina.

Mientras el indio, con su apatía por el trabajo, con su obediencia indiscreta y con su sufrimiento sin protesta no fue elemento activo en el gobierno de la nación, el europeo pudo hacer de México la nación más rica de América, y los derechos de los ciudadanos eran respetados aun por un monarca absoluto.

Tan luego como se dotó al indio de un derecho igual en el gobierno, los políticos se apoderaron de él para aplastar con la fuerza del número y sin respeto a la opinión, a la ley ni a la moral a los hombres que, menores en número, esperaban conservar su supremacía por la virtud de los principios del derecho abstracto y de una cultura superior. México es ahora como el indio de Mendieta país pobre, obediente sin discernimiento y sufrido sin protesta, y sus hombres capaces de sentir la justicia, como el hombre que nos describe von Ihering cansado de luchar en vano sin recoger en cambio de sus sacrificios más que la burla y el ridículo.

Si la obediencia incondicional del indio no es una virtud, puede ella convertirse, con gran bien para el país, en remedio contra la pereza, si el que lo manda tiene una noble ambición; si es un Hernán Cortés, un Antonio de Mendoza, un Luis de Velasco, un Enríquez de Almanza, un Moya de Contreras, un Palafox y Mendoza, un marqués de Mancera, un duque de Linares, un Revillagigedo, y otros del mismo carácter, se puede estar seguro que la obediencia del indio será un gran elemento para beneficiarlo y para engrandecer y enriquecer a la patria.

En la tergiversación de los valores morales con que se han ofuscado nuestra historia y nuestra vida social, se ha llenado de vituperio a los españoles que enseñaron al indio a trabajar enseñándole todo género de industrias. Ellos fueron sin embargo, los que lo encaminaban por el sendero de su transformación económica, los que le pagaron los primeros jornales que le pu-

dieron dar una idea de la transformación de su trabajo en elemento económico y los únicos que hacían algo para infundir prácticamente en los naturales las nociones fundamentales de la libertad; a saber, el orden y el cumplimiento del deber.

Pero desde un principio el espíritu público ha sido desviado por los agitadores de todos los tiempos que, unas veces bajo el manto de la religión y otras bajo el de la política, han combatido al elemento creador de la riqueza.

La propaganda que hoy vemos ha cambiado de forma, pero esencialmente siempre ha existido contra aquel que pone a las espaldas del indio la brasa de la ambición para que marche en pos de la riqueza, contra el que aprovecha su obediencia para combatir su pereza y crear la abundancia.

En cambio nuestra historia está plagada de héroes que han aprovechado la pereza y la rapacidad del indio para lanzarlo al saqueo que lo degrada y hunde después en mayor miseria; está llena de falsos estadistas que han utilizado la obediencia del indio para defraudar el voto, y han aprovechado su sufrimiento y apatía ante la injusticia para sostener las más destructoras tiranías, sofocando toda tendencia al orden que es el necesario precursor de la libertad.

Los mismos panegiristas del indio no han podido ocultar sus tres grandes defectos: la pereza, la embriaguez y la crueldad.

Respecto de la pereza el mismo Palafox, tan entusiasta en el elogio de los indios, reconoce esta tara, sólo que asegura que buen remedio tiene en los métodos compulsorios empleados por alcaldes y regidores.

Don Lorenzo de Zavala, que fué en su tiempo a modo de los agitadores de épocas posteriores, dice, sin embargo, que: "Los indios se contentan con recoger treinta o cuarenta fanegas de maíz y el resto del año lo pasan en la ociosidad."

Manifestación de esa pereza, tanto intelectual como material, es la falta de iniciativa que, todos convienen igualmente, se añade a los males de la vida del indio. Ello explica la necesidad de que alguien lo compeliera al trabajo indispensable para la vida de toda sociedad moderna. De allí el peligro de que el que se ha de encargar de la compulsión abuse de su tutela, pues es

general en la naturaleza humana, que el tutor no vea con precisión la línea que separa su interés del del tutoreado.

Se ha discutido si los indios cargaban con el vicio de la embriaguez desde los tiempos de su gentilidad. Pero es evidente que hacían uso de las bebidas embriagantes. Si acaso se reducié el vicio después de la conquista difícil es demostrarlo. Motolinía que los conoció a raíz de su sumisión nos dice: "Era esta tierra un traslado del infierno; ver los moradores de ella de noche dar voces, unos llamando al demonio, otros borrachos, otros cantando y bailando; traían atabales, bocinas, cornetas y caracoles grandes, en especial en las fiestas de sus demonios. . . . Comúnmente comenzaban a beber después de vísperas, y dábanse tanta prisa a beber, de diez en diez o quince en quince, y los escanciadores que no cesaban, y la comida que no era mucha, a prima noche iban perdiendo el sentido, ya cayendo asentados, cantando y dando voces llamando al demonio: Era cosa de gran lástima ver los hombres, criados a imagen de Dios, vueltos peores que brutos animales; y lo peor era que no quedaban en aquel solo pecado, mas cometían otros muchos, y se herían y descalabraban unos a otros, y acontecía matarse, aunque fueran muy amigos y propincuos parientes."

"Tenían otra manera de embriagarse que los hacía más crueles; era con unos hongos o setas pequeñas, que en esta tierra; los hay como en Castilla; más los de esta tierra son de tal calidad, que, comidos crudos y por ser muy amargos, beben tras de ellos o comen con ellos un poco de miel de abejas, y de allí a poco rato veían mil visiones; en especial culebras, y como salían fuera de todo sentido, parecíanles que las piernas y el cuerpo tenían llenos de gusanos que los comían vivos, y así medio rabiando, salían fuera de casa, deseando que alguno los matase; y con esta bestial embriaguez y trabajo que sentían acontecía alguna vez ahorcarse y también eran contra los otros más crueles. (Citado por Cuevas, obra citada vol. I p. p. 66-67.)

El verídico Bernal Díaz del Castillo decía en su lenguaje ingenuo y rudo: "Pues de borrachos, no lo sé decir tantas suciedades que entre ellos pasaban. (*Conquista de México*, Apud *Historiadores primitivos de Indias*, tomo 2, p. 309.)

En cuanto a la crueldad puede decirse que les viene a los

indios con la sangre, para usar una expresión del P. Cuevas, supuestos no solamente los ritos sanguinarios, sino la antropofagia, principalmente el uso frecuente de niños para los manjares; infelices criaturas a los que el amor de una madre no escudaba contra tan inhumano destino.

“Los indios, decía el virrey marqués de Mancera, difieren mucho de las dos naciones referidas (los españoles y los mestizos) por ser gente melancólica y pusilánime; pero atroz, vindicativa, supersticiosa y mendaz; sus torpezas, robos y barbaridades (y no sé si también la negligencia y avaricia de sus párrocos) dan pocas prendas de su aprovechamiento espiritual tan recomendado por la piedad de los señores Reyes de Castilla a los prelados eclesiásticos y a los magistrados seglares de estos reinos”
(*Informes que los Virreyes de Nueva España dejaron a sus sucesores*. México 1867. Informe del Virrey Marqués de Mancera.)

En la historia de las misiones se ve frecuentemente que, si por alguna circunstancia, los misioneros tenían que separarse de los pueblos que con gran dificultad habían organizado, cual sucedió al tiempo del extrañamiento de los jesuitas, los indios volvían sobre su naturaleza, asesinaban a los más inclinados a la civilización, incendiaban las casas y se remontaban de nuevo.

Pero lo particular, disolvente y antisocial de la crueldad del indio a través de toda nuestra historia, es que, a diferencia de lo que se nota en otras razas, esa crueldad se ejerce principalmente, más sistemáticamente y con mayor inhumanidad en los sujetos de la misma nación, no siendo raro sino más bien la regla, que ese defecto contraste con la solitud y el desvelo que el indio muestra por el bien de los extranjeros.

Refiriendo Cortés al emperador Carlos V uno de los episodios del sitio de México, dice: “Ganóseles aquel barrio, y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos que muertos y presos, pasaron de dos mil ánimas, con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos (los indios aliados a Cortés) que por ninguna vía, a ningunos daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran” (Cortés. *Cartas de Relación*” p. p. 290-291.)

Y más adelante agrega: E ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen, ni hicieran

tanta crueldad, que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca en generación alguna tan recia se vió, ni tan fuera de todo orden de naturaleza, como en los naturales de estas partes: nuestros amigos hubieron aquel día muy gran despojo, en lo cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de nueve cientos españoles y ellos más de ciento cincuenta mil hombres". (Ib. p. p. 295, 296.)

Rasgo terrible que después se ha visto obrando como factor disolvente, en todo el curso de nuestra historia y manifestarse en mil formas destructoras en nuestra política. A él se debe que sin discernimiento alguno nos dejemos deslumbrar por lo extraño. Tenemos siempre por los hombres, las instituciones, las costumbres, y aun el dinero extraño mayor estimación que por los nuestros. Así es como el extranjero ha llegado a ser el amo de México y los mexicanos se contentan con servirlo aunque hablando siempre de la soberanía nacional. "Uno de los peores males de México en todas las épocas de su historia, exclama un escritor con gran justicia, es que nunca han faltado en los mismos mexicanos gente innoble y desnaturalizada que se presta y hasta se complace en servir de instrumento para la opresión de sus compatriotas". (Cuevas, obra citada vol. II p. 238.)

¿Qué más puede necesitarse para explicar cómo es que no parece tener fin la guerra civil en que unos mexicanos matan, roban y despojan a otros, en que la intolerancia parece haber adquirido asiento permanente entre nosotros y es predicada por hombres que se conceptúan como estadistas e intelectuales en sus bandos?

¿Qué más puede necesitarse para explicar el hecho que desde la época de la conquista hasta la actual el invasor extranjero ha encontrado a los mexicanos divididos en dos bandos: uno el de los que lo resisten, otro el de los que aprovechan su ayuda para aniquilar a sus contrarios?

El sabio, honrado y patriota don Manuel de la Peña y Peña condenaba al Ayuntamiento de México que celebraba banquetes en honor del invasor, diciendo: "En la capital, donde flamea el pabellón americano, se maquina traídoramente contra la nacionalidad del país: allí algunos mexicanos a quienes la posteridad lenará de execración se disputan el poder, usurpan la autoridad

municipal, se apoderan de los escasos recursos de la desdichada ciudad y buscan apoyo para sus crímenes en la fuerza del invasor."

Cuán lejos estaba el gran patricio de los hechos que la historia consignó después. Mientras Peña y Peña no tiene un monumento que recuerde al pueblo sus servicios, uno de los miembros de aquel ayuntamiento, que en su recto criterio merecería la execración, fué después ministro de Juárez y su estatua figura en lugar público de la capital. ¿Cuál fué el servicio eminente que pudo borrar la mancha? Nadie sabe sino que contribuyó a hacer más hondo el abismo que separa a los mexicanos.

En los dos casos de invasión a la patria se han distinguido por su inhumanidad para con los habitantes pacíficos, principalmente de los campos, las contraguerrillas de mexicanos organizadas por los invasores.

En general toda tendencia a buscar la ayuda extranjera, desconfiando de lo propio o aun para destruir lo propio, y la admiración o imitación de lo extranjero con desprecio de lo nuestro que ha acabado con nuestra organización y ha dejado nuestra política a merced de todo innovador, puede explicarse por aquel sentimiento aborigen.

Se objetará, sin embargo, que los directores de esa política, que se apoya en el extranjero para tiranizarnos no son indios.

Vale la pena detenernos en esta observación para estudiar un fenómeno por lo general descuidado por nuestros historiadores y estadistas.

Buscando Alaman la causa de que los hijos de españoles en México no mostraban la energía para el trabajo ni las cualidades que daban al español peninsular su gran valor económico, créese que esa causa es el clima, cálido o moderado, que dispone al hombre a la mollicie.

Sin desconocer la relación de causalidad que pueda existir entre el clima y el carácter de los hombres, hay una explicación más satisfactoria de la decadencia de la energía española en Nueva España.

Esa explicación se basa en una ley universalmente aceptada: la fuente más fecunda de moralidad y energía es el trabajo; en España, en las clases pobres, que eran las que mayor contingen-

te prestaban a la emigración a América vivían del trabajo a veces rudísimo para arrancar a un suelo esquilmo la subsistencia.

En México, el hijo del español se veía rodeado desde su infancia de sirvientes que cuidaban de sus pasos, que más tarde lo entretenían en sus juegos, que obedecían sus órdenes, que estaban allí para evitarle todo género de molestias; si era imperioso y desconsiderado, como casi todos los muchachos lo son, en esas condiciones los criados sufrían porque estaba en la naturaleza del indio no quejarse. Al ser ya un hombre aquel sujeto hallaba quien obedeciera sus órdenes buenas o malas, justas o iníquas. La obediencia, la humildad, el sufrimiento del indio, esas cualidades que nuestro clero consideraba como grandes virtudes, producían como consecuencia necesaria la degradación moral del español.

No puede decirse que era la avaricia del español superior a la del inglés o a la de cualquier otro grupo de hombres. Era únicamente que en México había una gran masa de hombres que no cumplía con el precepto que un Ihering considera con razón como el primero y más fundamental de todos: "No consientas que otro te ultraje." Por eso había el natural aliciente enteramente humano, cualquiera que sea la raza a que el sujeto pertenezca, de aprovechar la abyección del otro para sacar ventaja, aun solo para gozar con la voluptuosidad del propio poder y superioridad.

Debido a ese estado de cosas ni el indio, por su disposición innata, ni el español, por el medio social que el indio creaba, tenían el concepto de la justicia. La superioridad la daba el mando; la inferioridad el trabajo. Así se degradaban los conceptos y la vida toda.

¿Quién era responsable de aquel estado de cosas?

Si el que consiente el ultraje, y obedece sin discernimiento invita el ultraje y quita del otro la carga del trabajo que moraliza, tendremos que concluir no que el indio tenga la culpa de esa situación, porque la verdadera historia no es tribunal encargado de imponer baldones; pero sí que en el orden de la causalidad científica la presencia del indio, con sus llamadas virtudes, ha producido necesaria e inevitablemente la degradación moral del blanco.

La obediencia y humildad del indio hizo que el trabajo manual fuera en México anatematizado, que la producción de la riqueza fuera el signo de la servidumbre, que el hombre superior fuera o un petimetre en la sociedad, o un orador de la palabra altisonante y hueca, o un poeta hacedor de filigranas de lenguaje, que deprecia los hechos para rendir culto a la palabra. El alto concepto que de estas gentes tenemos aún está indicando la tergiversación de los valores sociales.

En una sociedad así la propaganda contra el capitalista que fundaba la minería, la agricultura y todas las industrias productivas, propaganda que misioneros, historiadores y políticos han hecho a porfía, no es otra cosa que un producto derivado del desquiciamiento ideológico, congénere del desquiciamiento moral.

Mientras España gobernó en México el servicio militar era obligatorio para todos los españoles y estaba prohibido para los indios.

Esto era lógico. El servicio militar proporciona la fuerza para sostener las instituciones y estas instituciones eran europeas. Todas las instituciones de Europa han nacido de la guerra, el carácter de los hombres allí ha sido formado en la guerra o en la seguridad de que debe irse a la guerra. El derecho, la más bien organizada de esas instituciones nació con la guerra y requiere para sostenerse que los hombres estén dispuestos a pelear por él. Quitar al europeo el servicio militar es amenazar de muerte el derecho y con él todas las instituciones que forman la cultura europea.

Hecha la independencia, el blanco sin la fuerza del gobierno español que lo obligara al servicio militar y con la obediencia y el sufrimiento del indio que acepta las cargas sin protesta, suprimió la prohibición de que el indio ingresara al ejército, arrojó sobre el indio exclusivamente el servicio militar en la clase de soldado, y, naturalmente, las instituciones, no teniendo más apoyo que el indio, se apartan cada vez más del tipo de instituciones europeas, sin que el blanco tenga ya el valor de acudir a las armas para defender sus derechos tradicionales.

He allí por qué el mexicano de raza española se ha asimilado el defecto del indio de buscar y ayudar una fuerza extraña contra la opresión de los propios.

La historia de nuestro país está llena de lecciones que deberían servir para trazar los derroteros de nuestra política sin ir a pedir inspiración a países extranjeros.

Voy a referirme a uno a la vez poco conocida y de una alta enseñanza.

Por los años de 1840 Yucatán declaró su independencia del resto de México.

En la península, como en el resto del territorio durante la dominación española, el servicio militar era propio de la raza blanca y esa tradición se conservó en aquella provincia aun después de la independencia. La vida allí era rodeada si no de los más refinados adelantos de la civilización, sí de todo lo necesario para la comodidad; las gentes vivían en armonía unas con las otras y la paz y la seguridad para los bienes y para las personas eran ejemplares, según el cuadro que traza el señor Baqueiro en su "Ensayo Histórico sobre las Revoluciones de Yucatán."

Todo aquel cuadro cambió, sin embargo, cuando a fines de 1839 el capitán don Santiago Imán inició el movimiento de separación de Yucatán del resto de México.

Entonces, para luchar contra las tropas mexicanas, se llamó por primera vez a las armas a los indígenas, y después en la lucha que se entabló entre los partidos que se disputaban la supremacía en el Estado. Así aprendieron los indios el manejo de las armas, la disciplina militar, el orden en las marchas, el empleo de las emboscadas, la ferocidad de las represalias y todas las malas artes que acompañan a la guerra.

Una vez poseedores de aquellos medios, los indios de Yucatán pertenecientes a una misma raza acordaron acabar con el dominio de los blancos y se levantaron en armas.

"El año de 1848, dice un historiador yucateco, fué para Yucatán uno de los más terribles de su historia El país vióse transformado en inmensa hoguera Valladolid, Espita, Tizimín, Peto, Tecal, Tekax, Izamal las ciudades y las villas, los pueblos y las haciendas, las rancherías y los humildes parajes, todo, todo había caído en poder del maya sublevado, el cual llegó hasta el pueblo de Tecoh en las inmediaciones de Mérida, la antigua capital, antes alegre y opulenta, a cuyo seno acudieron en solicitud de refugio y de amparo, como las golondrinas

que huyen de las nevascas, millares y millares de habitantes de las poblaciones saqueadas y entregadas luego al fuego, y que tuvieron la suerte en medio de sus desdichas, de escapar a tiempo para salvar la vida, dejando atrás en incontables ocasiones el dulce hogar convertido en calientes cenizas." (Carlos R. Menéndez. *Historia del infame y vergonzoso Comercio de Indios*, p. 7.)

El gobierno de Yucatán, en la imposibilidad de salvar la población blanca refugiada en su último reducto de la Ciudad de Mérida, sin elementos de vida ni fuerzas para combatir a la masa superior de los indígenas, resolvió implorar la ayuda de los Estados Unidos, de España o de Inglaterra, de cualquiera de estas tres naciones que quisiera darle ayuda, a cambio de la soberanía sobre el Estado. A ese fin mandó delegado al Dr. Justo Sierra al primero de esos países.

Los Estados Unidos naturalmente recibieron al delegado yucateco con la mayor indiferencia y la prensa de ese país trató al Dr. Sierra con algo peor que frialdad.

"*The Delta*" periódico de Nueva Orleans hablando de la misión del Sr. Sierra decía que "no obstante la razón que pueda asistir al comisionado de Yucatán, su osadía es extremada, al solicitar auxilio de los Estados Unidos; que los yucatecos de color algo más blanco que los indígenas, por ser en corta diferencia menos que los que apellidan salvajes, se creen con derecho a solicitar auxilio de una potencia extranjera."

"Que es una tarea de la raza degenerada de la española que puebla los Estados mexicanos, el llamar bárbaros y salvajes a los enemigos a quienes no pueden vencer; y si mal no recordamos, no han transcurrido aún muchos años desde que esos mismos yucatecos, que hoy imploran nuestros auxilios contra los indios, nos apellidaban los bárbaros y salvajes del Norte."

"Muchas veces se ha dicho en México que la nación que venció a España bien pudiera vencer a cualquiera otra nación, máxime cuando la España pudo más que Napoleón. *The Delta*, en conformidad con estas bravatas sin duda, dice que el Dr. Sierra comete un error de lógica muy notable, y es el decir que, sin armas ni recursos logran los salvajes destruir los esfuerzos de 300 años de civilización, lo cual prueba que si esos salvajes son demasiado poderosos para la raza blanca, es sin duda por-

que son naturalmente valientes y decididos o porque la imbecilidad y cobardía de la raza degenerada que se apellida blanca, no es capaz de oponer la debida resistencia.”

Así que si de los Estados Unidos hubiera dependido la raza española habría desaparecido de Yucatán. Por fortuna los auxilios fueron allá desinteresadamente del capitán General de la Isla de Cuba, y luego ante la inminencia del peligro, las facciones políticas que dividían a los blancos desaparecieron, y unificado el mando, pudieron los yucatecos recuperar una por una las poblaciones perdidas y su puesto al frente de la marcha de su Estado.

Todos los historiadores están conformes en que la causa de aquel desastre, fué el haber puesto las armas en manos de los indios, y haber adulado sus más bajas pasiones.

En el caso de Yucatán el fenómeno social se ve con mayor claridad que en otras partes de la República, porque, en efecto, el resto de México está habitado por tribus de muy diferentes tradiciones, temperamentos y tendencias, separadas por enormes distancias, interceptadas por montañas, y sin intereses comunes. Por eso allí los indios nunca han llegado ni aun procurado llegar a un acuerdo, y cuando algunas tribus han puesto en peligro a la población blanca de un lugar, como en el célebre caso de Lozada, el Gobierno ha empleado los indios de otros lugares para combatirlos, en tanto que en Yucatán todos los indios pertenecen a una misma tribu.

Pero si, bajo el punto de vista militar, la raza indígena en México no ha llegado a amenazar seria y abiertamente con destruir la cultura europea, indirectamente la ha estado minando con mayor certeza, pues los cabecillas de la política necesitan bajar y bajan de nivel cada vez más para ponerse a la inteligencia con el indio y obtener su cooperación. Ese descenso moral y social no se detendrá sino cuando se haya llegado al fondo prehistórico incommovible, granítico de la raza aborígen.

En Yucatán el indio entró en lucha con el blanco y puso a este a dos dedos de su pérdida; pero ante la inminencia del peligro, el blanco reaccionó y triunfó al fin. En el resto del país es el blanco descastado el que encabeza el movimiento de degradación, traicionando su raza y su cultura, pero tomando el nombre y una superficial apariencia de ésta.

De tal manera, la pobreza, la humildad y la obediencia del indio han conquistado al blanco y han destruido y envenenado la civilización europea con más seguridad que los gases ponzoñosos empleados en las modernas guerras.

La historia de la conquista del blanco por el indio es la verdadera historia de México.

Lo que se ve en la superficie de nuestra historia, la acción aparatosa de fuerzas teatrales que obran rápidamente, es la conquista y dominación de los indios por la audacia de los españoles. Lo que no se ve es la acción de fuerzas infinitesimales, capilares, ocultas, que realmente gobierna al mundo físico y social y esa acción que el historiador no narra porque muchas veces no entiende, es lo que hay de real en nuestra vida, es la imperceptible conquista del blanco por el indio, y es espectáculo digno del estadista pensador ver como la cultura india se esconde detrás de las formas de la civilización moderna; democracia, organización judicial, ferrocarriles, bancos y agrega a ellas humildad, obediencia, indiferencia a la justicia, para atraer a México al fondo del abismo en donde Huitzilopochtli espera pacientemente a los sucesores de Hernán Cortés, pero lo curioso es por una parte que el indio no hace nada, simplemente obra por presencia llevando consigo sus llamadas virtudes y por la otra que en esta labor de retroceso el elemento activo, propulsor de la destrucción de la civilización europea toca a los Estados Unidos.

España luchó contra el elemento pasivo de la destrucción elevando al indio y vigorizando al español. Si queremos conocer sus métodos, veamos como los exponían sus grandes civilizadores.

Cedamos primero la palabra a Fray Juan de Zumárraga y sus caritativos colaboradores Fray Martín de Valencia y Fray Luis de Fuensalida, en carta dirigida al rey en 27 de marzo de 1531 (Icazbalceta. Documentos, p. 53, citado por Cuevas, vol. I, p. 56.)

"Es el indio gente mansa; hace más por temor que por virtud; es menester que sea amparado, pero no sublimado; es menester que los españoles sean constreñidos a que lo traten bien, mas de tal manera que no pierda el temor de los dichos; son trabajadores, si tienen quien los mande; bien granjeros, si han de gozar de su trabajo; son tan hábiles para los oficios que sólo

de verlos los aprenden; aplícanse a ganados, y por otra parte es gente descuidada. Los mayores son servidos en gran manera, reverencia y temor; mienten razonablemente, pero poco con quien bien los trata, o no tanto. Estos males tienen con otros bienes, que es gente que viene bien a nuestra fe. Confiéanse mucho bien, así no tienen necesidad de preguntas. Por la mayor parte son viciosos en emborracharse y tienen gran necesidad de se les impedir, como ya quieren hacerlo los oidores con su buen celo que tienen a la honra de Dios, y esto es gran parte para su salvación y policía."

Oigamos ahora a don Antonio de Mendoza, en el *Informe* que dejó a su sucesor don Luis de Velasco:

"Yo he tenido por costumbre de oír siempre a los indios; aunque muchas veces me mienten, no me enojo por ello, porque no los creo ni proveo nada hasta averiguar la verdad. A algunos les parece que los hago más mentirosos con no castigarlos; fallo que sería más perjudicial ponerles temor para que dejen de venir a mí con sus trabajos que el que yo padezco en gastar el tiempo con sus niñerías. V. S. los oiga. E la orden que en esto he tenido es que los lunes o los jueves en la mañana los naguatatos (intérpretes) de audiencia me traen todos los indios que vienen a negocio e ógolos a todos; en las cosas que luego puedo despachar, provéolas, y las que son de justicia y negocios de calidad, remítolas a uno de los oidores, para que ellos en sus posadas los traten y averigüen, y con la razón de lo que se hace vienen al acuerdo; otros negocios de menos importancia remítolos a los alcaldes mayores o a otras personas religiosas o seglares, según la calidad y las personas que hay en las comarcas de donde son los indios, por no tenerlos fuera de sus casas. Otras veces doiles jueces indios que vayan a averiguar sus diferencias, nombrados de conformidad de las partes, y con esta orden quedo más libre los otros días para entender en otras cosas, y no por esto dejo de oír todos los demás indios que a mí vienen en cualquier tiempo y hora y lugar, si no es estando en los estrados de los acuerdos."

Finalmente don Martín Enriquez de Almanza, en el lenguaje enérgico propio de su carácter, dice:

"Y comenzando por lo más importante, digo que la mayor

seguridad y fuerza que tiene esta tierra es el virrey que la gobierna y la Real audiencia, y lo que más puede sostener esa fuerza es que sustenten entre sí mucha conformidad y paz, y tras eso que traiga siempre tan sujeta la república que ninguno se atreva con las cabezas a cosa que huela a desacato, so pena de castigo ejemplar, como se ha hecho con algunos en mi tiempo, sin ruido; pues que cosa cierta es que no puede haber mucha seguridad donde los mayores no fueren acatados ni temidos. Y si quiere V. S. saber el medio por que entre ambas cosas se pueden conseguir mayormente en esta tierra, digo que es, que vivan bien (honestamente) los que mandan, porque con esto pueden siempre usar de su libertad, y entrar y salir con ella en todas cosas sin temor; y de otra manera había de ser al contrario, y así ha de procurar V. S. que los cabezas de su gobierno se esmeren tanto en esto, que si fuere posible no se hable contra ellos cosa que huela mal. que es el fundamento de todo lo bueno y lo malo."

Resumiendo estas máximas formuladas por el estudio paciente y caritativo del indio, tenemos que el gobernante de México ha de ser paciente para oírlo; no darle crédito sino para iniciar una averiguación, no dejarlo a su arbitrio en el trabajo, sino entrenarlo a la eficiencia; pero sobre todo que el que manda viva honestamente que, según el virrey Enríquez de Almanza es el fundamento de todo lo bueno y lo malo.

He allí lo que el estudio del indio nos sugiere como política nacional.

En lugar de esto nuestros estadistas se han vivido tratando de resolver con elementos mexicanos, los problemas de la revolución francesa o los de las provincias inglesas de Norte América. Esto explica el desbarajuste de nuestra historia, y los errores de nuestra política.

16 de abril de 1929.